



CAPITULO X.

¡POBRE NICHETTE!

El que escribe este libro, al hacerlo, no tiene mas objeto que el de pintar y acaso escusar las trasformaciones morales que la edad y la sociedad producen en el hombre, y que destruyen casi siempre algunas de sus primeras teorías, y de las esperanzas que él habia hecho concebir.

Gustavo se hallaba en uno de esos momentos de transfiguracion natural. El, que habia creido que la vida podia continuarse como la habia comenzado, concluia por experimentar la influencia de las diferentes sensaciones que agobian al corazon en esos momentos en que podria decirse propiamente que la vida se renueva ó que varian sus horizontes. La vista de la felicidad de Edmundo habia abierto su alma á mil nuevas ideas.

Diciendo entre sí: Edmundo morirá tal vez jóven; habia tenido que confesar que ántes de

morir, su amigo habria saboreado alegrías y placeres que él ignoraba aun, y que presentia serian las mas dulces de este mundo, porque son las mas castas.

Cabalmente cuando Edmundo partió para Niza y Gustavo quedó en Paris, fué cuando comenzó á pensar de esta manera, y las descripciones que el marido de Antonina le hacia de su felicidad en las cartas que le escribia, no habian hecho mas que enardecer deseos, vagos todavía, pero á los cuales la casualidad debia bien pronto presentar un objeto. Laurencia se habia encontrado providencialmente en medio del camino de Daumont, y éste habia mirado en ella todo un porvenir nuevo para él.

Algunas veces las transformaciones que el hombre padece, no tienen para todos un tan buen resultado como para Gustavo. Esto depende de la manera como se han vivido los primeros años en el mundo. Por esta razon es por lo que se ve de vez en cuando á hombres prostituidos y viciosos llegar á ser buenos maridos y escelentes padres de familia, mientras que otros hombres, por el contrario, cuyos buenos principios y creencias parecian ser una garantía, cambiar bruscamente y entregar su corazon á todo clase de vicios y de pasiones.

Nosotros hemos tratado de hacer comprender no las vacilaciones, sino mejor dicho, la deli-

cadeza de Gustavo, porque su corazón no titubeaba entre Nichette y Laurencia. Solamente se preguntaba si tenía el derecho de obrar como lo hacía. A veces los malos sentimientos de su naturaleza (porque todo hombre tiene en sí un instinto perverso que se presenta en las grandes ocasiones de la vida, del cual se puede triunfar á la larga, es cierto, pero que apoyado sobre la debilidad humana, conserva por mucho tiempo su influencia) los malos sentimientos de su naturaleza, decíamos, murmuraban de vez en cuando en su oído, que despues de todo no tenía que molestarse ni acuitarse por Nichette; que otros ántes que él no habian usado de tantas precauciones para abandonarla; que ella era una de esas muchachas muy dichosas siempre con lo que se hace con ellas; y que asegurándola una buena posición, hacia por ella mas de lo que debía hacer. . . .

Gustavo arrojaba de su mente estos razonamientos, de los que se avergonzaba; pero ellos volvian incesantemente. Era para él lo que es un peso falso, que se tiene siempre al alcance de la mano: concluye uno por comprender de qué utilidad puede serle, y un dia se admira uno casi de haberlo puesto en una balanza y haberse aprovechado de él. Por generoso que se quiera suponer á uno tiene siempre trabajo en hacer olvidar á su corazón lo que éste tiene interés en recordar.

Sin embargo, debía tantos momentos de verdadera alegría á Nichette, que Gustavo hubiera sido un ingrato, si por lo ménos no hubiera buscado á su alrededor excusas para el pesar que iba á causarla. Gustavo entónces, se acordaba de todos sus amigos, que se habian hallado poco mas ó ménos en el mismo caso, y de lo que habian hecho. Hallaba siempre, y esto lo alentaba mas y mas, que ellos no habian hecho las cosas tan bien como él iba á hacerlas, y que no obstante, nadie murmuraba de ellos.

En esto fué en lo que pensó durante el camino de Chalons á Niza; y cuando llegó frente á la casa de Edmundo, en donde esperaba hallar á Laurencia su corazón comenzó á palpar, de esperanza se entiende; porque los pesares, el arrepentimiento, ya habian huido de él, bien así como huyen las sombras ante la presencia del luminar del dia.

Encontró á todos sus amigos reunidos en el salón como la víspera del dia de su partida. Fué acogido como siempre.

Se arrojó entre los brazos de Edmundo, que ya comenzaba á andar solo; besó la mano de Antonina, y estrechó la de la señora de Péreux. La señorita de Mortonne se cubrió de rubor y bajó los ojos al verlo entrar. El comandante, su muger y el señor Devaux le dirigieron una amistosa sonrisa.

—Vamos, mi querido señor Gustavo, dijo el

señor Mortonne, empujando suavemente al joven hácia Laurencia, abraza vd. á su muger.

Laurencia presentó su frente á Gustavo, quien estrechó sus manos.

—¿Ya no piensa vd. en Paris? le preguntó ella en voz baja.

—¿Puede vd. preguntármelo!

—Lo jura vd?

—Lo juro.

—Y es vd. dichoso?

—¡Tanto, tanto, que no hallo palabras con que esplicarlo!

—Así lo hicimos, dijo la señora de Mortonne, tu padre y yo, hace veinte y dos años.

¡Ojalá y puedan ellos decir otro tanto de aquí á veinte y dos años . . . . continuó la señora de Mortonne, mirando á los dos novios con ternura.

—Estoy contenta de vd., Gustavo, dijo la señora de Péreux tomando la mano de Daumont.

—Has hecho bien . . . . le dijo Edmundo en voz baja.

¡Cosa rara! En medio de su gozo tuvo Gustavo una especie de opresion de corazon, al ver que ni la señora de Péreux ni Edmundo parecian acordarse de Nichette, que á la hora en que tenia lugar esta escena, le escribia á Gustavo cuánto se fastidiaba desde su separacion, y qué ansia tenia de que volviese.

¡Pobre Nichette!

—Ya vd. lo ve, mi querido Gustavo, continuó la señora de Péreux, cómo le he cumplido mi palabra.

—¿Y cuándo se verificará la boda? preguntó Laurencia precipitándose en brazos de su madre al decir estas palabras.

—Luego que Edmundo, mi testigo, pueda salir para ir á la iglesia.

—Dentro de ocho dias entónces, dijo el señor Devaux, y á fe que es necesario que sea por esta causa, porque todavía tendrá que estar en casa por dos meses.

—¿Tiene vd. esperanzas? preguntó en voz muy baja Gustavo al doctor.

—Todo va bien, respondió éste.

—Ahora, Gustavo, vaya vd. á descansar, dijo la señora de Péreux á Daumont. Dulce es el sueño que sucede á la alegría.

Algunos instantes despues, Gustavo entraba en su aposento, diciendo para sí, como para desterrar los últimos recuerdos que se agolpaban á su alma:

—Ahora, ya no hay remedio. Todo ha acabado.

Se acostó, y se durmió como lo hizo en casa de Nichette al volver á Paris.

¡Oh naturaleza humana!

Quando despertó, estaba ya muy adelantado el dia. Entreabrió la cortina de su ventana, y

vió á Laurencia paseando en el jardincillo de la casa con Antonina.

La jóven doncella hacia sin duda algunas confidencias á la jóven esposa. Permaneció cerca de un cuarto de hora contemplándolas, sin que ellas pudiesen verlo.

—¡Cuán bella es . . . . ! dijo para sí, y un estremecimiento de amor recorrió todo su cuerpo.

Al abrir su saco de noche para sacar algunas cosas que necesitaba, Gustavo encontró el resto de las provisiones que la previsora Nichette habia preparado y le habia obligado á aceptar. La vista de esos frutos y de esos bizcochos lo detuvo algunos instantes.

En este momento daban las cuatro.

Gustavo se pasó la mano por la frente.

—Dos horas me aguardan aun, dijo; tengo tiempo para escribir á Nichette; acabemos hoy.

Sentóse á la mesa, y escribió, despues de haber meditado cómo comenzaria esta difícil carta:

“ Mi buena Nichette: fuí á Paris para decirte una cosa que no tuve valor de confesarte al verte tan feliz, y tengo que pedir á la distancia que nos separa la fuerza que necesito para decírtela. No debemos volver á vernos, mi querida niña. La vida tiene exigencias que tú comprenderás. Tarde ó temprano, por tí ó por mí, era preciso que hubiese un

“ rompimiento entre nosotros. Tal vez tu escelente corazón habia concebido esperanzas de una eternidad, que por desgracia no halla las realidades humanas.

“ Hubiera podido engañarte, mi querida Nichette y decirte que me iba de Francia; pero prefiero ser franco contigo, porque tu corazón es digno de esta franquza. . . . ¡Me caso . . . ! Esto debia de suceder algun dia. Necesito una familia y quién sabe si no es mejor que nos separemos ahora, que no esperar á una época que acaso nos separaríamos sin pesar y sin dolor . . . . Recuerda que muchas veces me hablaste de la probabilidad de mi matrimonio, y entónces me decias que sabrias resignarte con esa necesidad de mi posición. ¡Me perdonarás que haya justificado tus sentimientos?”

Con suma dificultad encontraba Gustavo las palabras necesarias para disculpar su conducta, porque comprendia que por mas que dijese, siempre seria culpable á los ojos de la pobre jóven que iba á recibir esta carta. Así es que pasó repentinamente de la última línea que se acaba de leer, á las precauciones que habia formado para averiguar el porvenir futuro de Nichette: ademas, se le figuraba que aparentando no darle grande importancia á esta separacion, seria acaso ménos cruel para la modista.

Continuó pues:

“ Pero quiero que seas feliz: he tomado mis providencias con tal objeto. Eres jóven, bella, y tienes todo un porvenir que te espera. Hallarás sin duda un hombre de bien que conozca las buenas prendas que te adornan, y que no te exija que le confies tu vida pasada. Pero ántes es preciso que tengas un porvenir independiente, y eso es lo que he hecho. Tengo dada órden á mi notario para que te lleve una inscripcion de rentas de dos mil quinientos francos que te pondrán siempre á cubierto de la pobreza, y una cantidad de diez mil francos que te aconsejo empleés en asociarte con tu amiga la señorita Carlota Toussaint. Mas si á pesar de mi prevision, llegase esto á ser insuficiente, no quiero que ocurras á nadie mas que á mí. En el primer momento de esta noticia, yo sé, mi buena Nichette que sentirás un pesar muy vivo, porque realmente me amas; pero estoy convencido de que aun te esperan dias felices: quiero tener un poco de valor.

“ ¡No es verdad que me escribirás siquiera una línea, para decirme que me perdonas y que aceptas lo que te ofrezco, como un recuerdo de nuestro cariño? Acaso algun dia seré yo desgraciado, y entónces á tí seré á quien yo vaya á pedir mi primer consuelo.

“ Adios, querida niña; te abrazo con toda la

“ ternura de un amigo eternamente afecto, que te ama y te estima como que eres de un noble y escelente corazon.—GUSTAVO DAUMONT.”

Varias veces habia sentido Gustavo que los ojos se le inundaban de lágrimas al escribir esta carta; pero no habia querido consignar en ella todo lo que su emocion le dictaba, y fácil es de comprenderse por qué. Era necesario que esta carta tuviera cierto tono de gravedad y aun de frialdad que hiriera violentamente y diera de luego á luego valor á la persona á quien iba dirigida.

Gustavo escribió al mismo tiempo á su notario para recordarle que al recibo de su primera carta de Niza debia dirigirse á casa de Nichette y entregarle las inscripciones y la suma convenidas. No queria que Nichette tuviera que molestarse para recibir esa donacion. La hubiera rehusado si la hubiera sido menester ir á pedirla como si fuera una limosna.

Tres dias despues de que dirigió esta carta por el correo, recibió Gustavo la que Nichette le habia escrito el dia en que él llegó á Niza. La pobre muchacha estaba muy distante de creer cuando la escribia, que ántes de recibir respuesta de su carta, todo habia acabado entre ella y su amante. Esa carta estaba llena de proyectos y de esperanzas. . . . .

Los preparativos del casamiento se hacian

con toda rapidez. Las amonestaciones habian sido ya publicadas.

El dia en que la ceremonia debia tener lugar, Gustavo recibió la respuesta de Nichette. Por un momento tuvo ganas de guardar intacta y cerrada la carta y dejar su lectura para algunos dias despues; pero no pudo resistir al deseo de saber lo que contenia, y la abrió.

Era muy sencilla; he aquí lo que decia:

“ No he querido responderle á vd., Gustavo, bajo la impresion que me ha causado su carta. Al principio creí volverme loca; y temia mezclar quejas á las últimas palabras que vd. me daba derecho á dirigirle. Contemplaba con admiracion todos los objetos que me rodeaban, en medio de los cuales estaba vd. pocos dias ántes, y que parecian dar un mentís á su carta. Pero la carta de vd. era real, no dejaba ninguna duda. . . . He llorado mucho, Gustavo . . . hoy ya estoy un poco tranquila, y aprovecho estos momentos para escribirle.

“ No le haré á vd. ningun cargo; ademas, no tengo por qué hacerlo. Tampoco fastidiaré á vd. con mis quejas; esto seria inútil. Lo que vd. hace, ya habia yo pensado muchas ocasiones que lo haria . . . solamente no creia yo que fuera tan pronto.

“ Amaba yo á vd. mucho. . . .

“ Sea vd. dichoso, amigo; es el mas ardiente

“ deseo de mi corazon, y no pasará un dia sin que yo no ruegue á Dios por vd. . . .

“ Sus deseos serán efectuados. Me iré á Tours con Carlota. Tiene vd. razon; ella me distraerá; pero me dolerá muchísimo abandonar mi pequeño aposento en donde he pasado dos años de mi vida tan hermosos . . . !

“ En fin, hágase la voluntad de vd., Gustavo, y que su muger ame á vd. tanto como lo ama ba yo; es todo lo que pido al cielo.

“ Le envío á vd. dentro de esta carta algunas hojas del último rosal que habia comprado, y que conservaba la tradicion de aquel al cual debí el conocer á vd. Es un postrer recuerdo. . . .

“ Puede ser que sea yo dichosa todavía . . . en todo caso, no tenga vd. nunca remordimientos por lo que ha hecho.

“ El notario de vd. acaba de salir de casa. . .

“ Gracias.

“ Adios, Gustavo . . . le estrecho á vd. la mano como á un buen amigo.—NICHETTE.”

—¡Cuánto ha debido sufrir la pobre, ántes de escribir esta sencilla carta! murmuró Gustavo.

En efecto, Nichette habia sufrido muchísimo.

El mismo Gustavo no era dueño de su emocion. Al principio quiso romper la carta que acababa de recibir, temiendo que la fueran á ver; pero por una supersticion bastante natural

la guardó; y despues de haberla llevado á sus labios, puso en el libro de oraciones de su muger las hojas del rosal de Nichette. . . . .

Dos horas despues la señorita de Mortonne se llamaba la señora Daumont.

Poco mas ó ménos á la misma hora, una muger cubierta con un veló y con los ojos encarnados de llorar, subia en Paris en la diligencia que partia para Tours.

Aquella muger era Nichette.



CAPITULO XI.

CURACION.

¿Seguirémos el coche que conduce á Nichette? ¿ó seguirémos el acompañamiento de boda que sale de la iglesia de Niza?

Hagamos como los egoistas y los aduladores; sigamos á las gentes dichosas.

Gustavo se hallaba ahí, y todo el mundo á su alrededor.

Las brisas del Invierno se habian desvanecido, y el sol precoz del Mediodía hacia brotar ya las primeras hojas de la Primavera. Para todos, aquella era la estacion de las flores; para Edmundo era la salud.

Todo el mundo en Niza habia tenido conocimiento de la enfermedad de Edmundo; todo el mundo fué admitido en su convalecencia. Felicitaban á su madre; felicitaban al señor Devaux; y nada habia tan interesante como ver á aquel jóven, pálido y débil aun, sonriendo á la vida que volvia á él, y apoyándose sobre su jóven esposa, radiante de belleza y de afeccion.